

II Domingo del Tiempo Ordinario / Ciclo C

“Éste es el Cordero de Dios”

RÍDIO G. PORTILLO

RAYMUNDO A. PORTILLO

WWW.JESUS-SACRAMENTADO.ORG

Comenzamos hace siete días el Tiempo Ordinario, período compuesto por 34 semanas, que enlazan los tiempos fuertes de la Iglesia, según la consecución del ciclo litúrgico. De allí la razón por la que en este tiempo no se enfatiza un acontecimiento específico de la vida de Jesús, sino que celebramos su ministerio y su presencia entre nosotros.

La escena joánica que se nos presenta es continuación de la del domingo pasado (Bautismo del Señor), en donde encontramos a Juan el Bautista, señalando entre los presentes al Cordero de Dios. Inmediatamente dos de los discípulos se ponen en marcha y comienzan la que será la aventura de sus vidas: seguir a Jesús.

Pero seguir a Jesús no es recorrer un camino a ciegas, ir tras sus huellas no sólo significa caminar detrás de él, sino también conocerlo, aprender de sus enseñanzas y sobre todo vivir al modo y la manera que él lo hizo; por eso el Evangelio nos cuenta este breve diálogo del primer encuentro con los discípulos. Éstos no siguen a Jesús por simple simpatía o porque les “habla bonito”, le siguen porque es el Mesías y desean quedarse con él.

Al leer en el Evangelio la respuesta de estos primeros apóstoles y el gesto del maestro de no sólo enseñarles donde vivía, sino acoger-



1era. Lectura (1 Samuel 3, 3b-10. 19)

En aquellos días, el joven Samuel servía en el templo a las órdenes del sacerdote Eli. Una noche, estando Eli acostado en su habitación y Samuel en la suya, dentro del santuario donde se encontraba el Arca de Dios, el Señor llamó a Samuel y éste respondió: “Aquí estoy”. Fue corriendo a donde estaba Eli y le dijo: “Aquí estoy, ¿Para qué me llamaste?”. Respondió Eli: “Yo no te he llamado. Vuelve a acostarte”. Samuel se fue a acostar. Volvió el Señor a llamarlo y él se levantó, fue donde estaba Eli y le dijo: “Aquí estoy. ¿Para qué me llamaste?”. Respondió Eli: “No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte”. Aún no conocía Samuel al Señor, pues la palabra del Señor no le había sido revelada. Por tercera vez llamó el Señor a Samuel; éste se levantó fue a donde estaba Eli y le dijo: “Aquí estoy. ¿Para qué me llamaste?”. Entonces comprendió Eli que era el Señor quien llamaba al joven y dijo a Samuel: “Ve a acostarte y si te llama alguien dile: ‘Habla, Señor, tu siervo te escucha’”. Y Samuel se fue a acostar. De nuevo el Señor se presentó y lo llamó como antes: “Samuel, Samuel”. Éste respondió: “Habla, Señor, tu siervo te escucha”. Samuel creyó y el Señor estaba con él. Y todo lo que el Señor le decía, se cumplía.

2da. Lectura (1 Corintios 6, 13-15. 17-20)

Hermanos, el cuerpo no es para fornicar, sino para servir al Señor; y el Señor para santificar el cuerpo. Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder. ¿No saben ustedes que sus cuerpos son miembros de Cristo? Y el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él. Huyan, por tanto, de la fornicación. Cualquier otro pecado que cometa una persona, queda fuera de su cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo. ¿O es que no saben ustedes que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que han recibido de Dios y habita en ustedes? No son ustedes sus propios dueños, porque Dios los ha comprado a un precio muy caro. Glorifiquen pues, a Dios con el cuerpo.

les invitándoles a quedarse con él con su presencia real, es una invitación a la vida que se nos hace a nosotros que lo buscamos y queremos seguirle. El texto no nos habla únicamente de la dirección geográfica en donde vivía Jesús durante esos días, más que eso es una llamada a seguirle, a caminar junto a Él y después de contemplar dónde vive, dónde habita secretamente, para quedarnos

allí mientras dure el “día” de nuestra vida.

Hoy de nuevo Jesús pasa y la Iglesia toma las palabras de Juan Bautista para señalarlos a los cristianos del siglo XXI. Donde está el “Cordero de Dios”, sólo depende de nosotros seguirle para quedarnos con él y responder a su llamado como lo hizo el niño Samuel repitiendo: “Habla, Señor, que tu siervo te escucha”.

Evangelio (Juan 1, 35-42)

Juan el Bautista con dos de sus discípulos, y fijando los ojos en Jesús, que pasaba dijo: “Éste es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos, al oír estas palabras, siguieron a Jesús. Él se volvió hacia ellos y viéndolo que lo seguían, les preguntó: “¿Qué buscan?”. Ellos le con-

bi?” (Rabí significa “maestro”). Él les dijo: “Vengan a ver”. Fueron pues, vieron donde vivía y se quedaron con él ese día. Eran como las 4.00 de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron lo que Juan el Bautista decía y siguieron a

Jesús. El primero a quien encontró Andrés fue a Simón Pedro y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías” (que quiere decir el Ungido). Lo llevó donde estaba Jesús y éste fijando en él la mirada, le dijo: “Tú eres Simón hijo de Juan. Te llamarás Kefas” (que significa Pedro, es decir “roca”).